

## **RESPUESTA A LOS COMENTARIOS a “Algunas hipótesis sobre los mecanismos de financiamiento político del partido radical. Las campañas electorales de 1928 y 1930 en la ciudad de Buenos Aires.”**

**María José Valdez**

En primer lugar, es mi obligación agradecer los comentarios tanto de Martín Castro como de Gardenia Vidal quienes, a través de sus argumentaciones, han demostrado una lectura concienzuda de las páginas de mi artículo que, *prima facie*, no es más que la articulación de un conjunto de hipótesis para abordar la cuestión del financiamiento de la política en la ciudad de Buenos Aires en las décadas de entreguerras.

Como señalara en la introducción de dicho trabajo, las campañas electorales se convierten en momentos especiales para analizar la forma en que los partidos en disputa ponen en juego diferentes tipos de recursos (desde materiales a simbólicos) para obtener el mayor número de votos; por este motivo, son momentos cruciales para el estudio de las prácticas, valores e imaginarios sobre la política en un contexto determinado.<sup>34</sup>

En este caso, mi propuesta fue la de adelantar a partir de un conjunto –como bien señalan Castro y Vidal- acotado de fuentes, una serie de hipótesis sobre la forma en que las diversas estructuras partidarias obtenían recursos para sostener y llevar adelante las diferentes actividades que suponía el desarrollo de una campaña electoral en la

---

<sup>34</sup> Una de las críticas señaladas por Gardenia Vidal al trabajo ha sido la falta de referencia a los estudios que han centrado su análisis en los mecanismos simbólicos utilizados por los partidos para cooptar militantes, simpatizantes y votantes, y los efectos subjetivos que aquellos provocaban en estos últimos. Si bien adhiero fervientemente a este comentario, es preciso señalar que el eje articulador de los trabajos reunidos en este foro se centra en la cuestión del financiamiento político. Es por ello que estudios como el clásico de Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero [Leandro H Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995)] han sido omitidos en el artículo original. Pero igualmente, esto no significa desconocer la importancia que este aspecto tiene para la práctica política. Agradezco sobremanera dicha mención, toda vez que la misma será tenida en cuenta para la versión definitiva del artículo.

ciudad de Buenos Aires. En especial se analizaron dos campañas, las de 1928 y 1930 y, particularmente, los mecanismos desplegados por el radicalismo capitalino para tal fin.

Dicho trabajo se encuentra articulado a partir de dos ejes. En el primero de ellos se sostiene que la ampliación en el número de electores –producto de la sanción de una nueva ley electoral en 1912- otorgó mayor centralidad a las campañas electorales, en la medida en que los partidos se enfrentaron con mayor vigorosidad a la tarea de convencer a los nuevos y posibles electores. Esto no significa, como bien señalara Paula Alonso en un clásico trabajo sobre las elecciones en la ciudad<sup>35</sup> –y como, a su vez, plantea Martín Castro en su comentario- que la competencia inter partidaria fuese algo novedoso; más bien, lo que se sugiere es que los partidos debieron buscar nuevos mecanismos para atraer a un número más elevado de votantes.

En ese sentido es preciso hacer una aclaración al respecto. Uno de los argumentos que sostengo en mi trabajo en relación a este aspecto es que, a partir del escenario abierto con las nuevas “reglas del juego” impuestas en la ciudad por la ley n° 8871, los partidos debieron afianzar aquellas tácticas destinadas a *seducir* a los posibles votantes en una ciudad que crecía, no sólo en términos materiales sino también en términos poblacionales a ritmo incesante. Como he sostenido en otro momento<sup>36</sup>, el crecimiento obligado en el número de votantes obligó a que las máquinas electorales previamente existentes debieran ampliar su capacidad de trabajo. Esto supuso, incluso, incluir nuevos elementos para el desarrollo de las campañas.

Esto no supone desconocer que –como indica Castro- los períodos pre-electorales previos a 1912 no fuesen testigos de una movilización significativa. Como han demostrado tanto el mismo Castro como Alonso, desde fines del siglo XIX se fue acentuando la competencia entre partidos en la capital de la República.<sup>37</sup> En todo caso, lo que pretendo aquí es señalar que dicha tendencia se acentuaría a partir de la ampliación compulsiva del número de electores. Y en este marco, los partidos políticos recurrirían a un nuevo conjunto de recursos para lograr un mayor número de votos en las urnas.

---

<sup>35</sup> Paula Alonso, *La reciente historia política de la Argentina del ochenta al centenario*, Universidad de San Andrés, Departamento de Humanidades, 1997.

<sup>36</sup> María José Valdez, «Prácticas electorales en Buenos Aires, 1912-1930», s. f., <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/valdez.pdf>. [Último acceso: 3/02/2013]

<sup>37</sup> Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas: el Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX* (Buenos Aires: Edhasa, 2010); Martín O Castro, *El ocaso de la república oligárquica: poder, política y reforma electoral, 1898-1912* (Buenos Aires: Edhasa, 2012).

Este no fue un cambio que se diera únicamente en Argentina. Como ha señalado Stephen Gundle en su análisis sobre la política electoral en Europa occidental, desde la segunda mitad del siglo XIX la política utilizó técnicas e innovaciones presentes en el comercio o en la cultura del entretenimiento para atraer votantes, sobre todo en el ámbito urbano.<sup>38</sup> Esta modernización de la política, es decir, el uso de técnicas y elementos novedosos en el marco de las campañas electorales (como el cine, la radio, avionetas y caravanas automovilísticas) fue reflejo –desde nuestra perspectiva- de un proceso más general de modernización de la sociedad porteña. Como ha señalado Gardenia Vidal, es el concepto de modernidad lo que subyace en este análisis, aunque – como bien indica la comentarista- no se lo explicita. Efectivamente, en todo análisis que se realice sobre prácticas electorales, la cuestión de la modernidad y de la modernización de las mismas no puede ni debe ser soslayado. Asimismo, comparto con Vidal la mención al carácter socialmente inclusivo que habrían tenido estos elementos para aquellos que no solamente eran espectadores –por ejemplo- del paso de una avioneta que distribuía volantes con consignas de determinada fuerza política, o de una caravana automovilística.

Sobre este aspecto Martín Castro ha realizado una crítica más. Ciertamente es que, como una forma de reforzar mi argumentación sobre la importancia que empezaron a cobrar nuevos medios de comunicación en el desarrollo de las campañas electorales, he incluido los datos aportados por el informe de la Federación Socialista de la Capital sobre los gastos de campaña de 1926, en los que aparecen diferentes rubros, tales como la propaganda mural, oral, escrita, la propaganda cinematográfica y radiofónica, entre otros. Al respecto, Castro ha indicado que los gastos se concentraban, en mayor medida en aquellos rubros que se podrían considerar más “tradicionales” (como los mencionados en primer término). Esto es efectivamente así. Pero lo que me parece significativo, aún cuando la cantidad de dinero invertida en ellos sea pequeña, es la inclusión de rubros novedosos en los gastos de propaganda; es esta incorporación la que permite observar –al menos en parte- la relación entre política y modernización. Es

---

<sup>38</sup> “*La cultura e la politica di massa hanno delineato insieme gli spazi pubblici moderni e le identità sociale. Le forme della modernità specialmente nel contesto urbano, si sono forgiate attraverso i vari ambiti, dal momento che il target di pubblico era formato dalle stesse persone*”, Stephen Gundle, “Le origini della spettacolarità nella politica di massa”, en Maurizio Ridolfi, «Propaganda e comunicazione politica : storia e trasformazioni nell’età contemporanea» (B. Mondadori, 2004), pp. 3-24 (cita: p. 4). Para Gundle, la política-espectáculo alcanzaría su clímax en el período de entreguerras, asociada a la forma en que fue utilizada tanto por el nazismo como por el fascismo para ingresar, posteriormente, en una etapa de decadencia, siendo reemplazada por otros medios como el cine y, sobre todo, la televisión.

decir: el punto central no es cuánto se haya gastado en estos rubros, sino más bien, que fuesen rubros considerados importantes como para destinar una suma de dinero en ellos, significativos a la hora de utilizarlos para el proselitismo político, más allá de que estos “nuevos medios de propaganda política” cobrarían mayor relevancia en la década siguiente.

La cuestión del gasto es la que, efectivamente, nos introduce en el segundo eje que articula el trabajo objeto de discusión: el financiamiento político, es decir, la forma en que los diferentes partidos obtenían los recursos monetarios necesarios para llevar adelante las diversas actividades pre comiciales. Como ha señalado Diego Mauro<sup>39</sup>, en los últimos años la cuestión del financiamiento político ha aparecido como un aspecto plausible de estudio, aunque todavía no se haya convertido en un objeto de investigación en sí mismo, sobre todo en lo que refiere la primera mitad del siglo XX, cuando no existían reglas claras, normas o leyes que reglamentaran de manera precisa y concreta la forma en que el sistema político debía financiarse.

Esto repercute de manera directa, a mi entender, en la posibilidad de acceder a fuentes que reflejen las tramas del financiamiento de la política. En ese sentido, es obligatorio repetir un aspecto señalado en el artículo original: ante la imposibilidad (hasta el momento) de contar con otro tipo de fuentes (por ejemplo, las memorias de gastos de campaña elaboradas por los partidos, excepto la de la UCR de la Capital de 1930), toda aproximación a esta problemática ha sido, en primer lugar, a través de los pocos indicios brindados por la prensa; en segundo lugar, por medio de trabajos clásicos que, como el de David Rock<sup>40</sup> sobre las máquinas políticas en Buenos Aires, esbozan algunas líneas posibles para entender algunos de estos elementos.

Con respecto a este punto, comparto las apreciaciones señaladas tanto por Vidal como por Castro con respecto a la imposibilidad de ligar, de manera directa, la existencia de redes de patronazgo con el crecimiento electoral del radicalismo en la ciudad, en la medida en que, como he señalado en las páginas precedentes, la práctica política no se resume únicamente a una relación de patrón-cliente. Como hemos visto, otros elementos (identitarios, simbólicos, etc.) eran puestos en juego por las estructuras

---

<sup>39</sup> Diego Mauro, «Los costos de la política en la Argentina de entreguerras. Tramas subterráneas y financiamiento político en Santa Fe (1918-1931)», mimeo, 2011.

<sup>40</sup> David Rock, «Machine Politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930», *Journal of Latin American Studies* 4, n.º 2 (noviembre 1972): 233-256

partidarias a la hora de convocar a sus posibles seguidores en el marco de las campañas electorales.

Más allá de las críticas que se puedan realizar a esta hipótesis, el punto es que eran los propios contemporáneos quienes denunciaban los nombramientos realizados por el gobierno como mecanismo de crecimiento electoral, aunque otros trabajos han demostrado que esta práctica del crecimiento del empleo público se venía desarrollando desde décadas precedentes, y que las condiciones impuestas por las propias características del mercado de trabajo local, y las particularidades del sistema político local ponían límites al funcionamiento del patronazgo político.<sup>41</sup> Pero también vale la pena aclarar que, según las fuentes consultadas, la mayor cantidad de nombramientos de empleados públicos en los meses inmediatamente anteriores a las elecciones se dieron, sobre todo, para “cubrir” cargos en el interior del país, en especial en la Dirección Nacional de Correos y Telégrafos. Pero insisto con el argumento señalado en el artículo original: esto puede brindar sólo una línea para entender parte del financiamiento de la política, no su conjunto. En todo caso, como sugiere Martín Castro, esto puede brindar una idea acerca de que las agrupaciones políticas en el gobierno trasladaban a las arcas estatales parte de los costos políticos, pero no todos.

Otra línea planteada en mi trabajo fue la de los aportes brindados por personalidades destacadas de las dirigencias partidarias (diputados, senadores, etc.) a través de cuotas simbólicas (como ha señalado Vidal) canalizadas a través de los comités partidarios para el sostenimiento de actividades de campaña. Nuevamente nos encontramos con el mismo problema: al ser montos reducidos (entre 1 a 10 pesos m/n) puede suponerse que su importancia para el financiamiento electoral haya sido relativamente escasa. Pero es interesante una idea que sugiere Vidal al respecto: el desembolso de dinero por parte de estos dirigentes puede haber servido como estímulo para el aporte de sectores menos pudientes vinculados a los partidos. Igualmente, esto es solo una especulación, en la medida en que las fuentes existentes hasta el momento poco permiten vislumbrar sobre la construcción de estos modelos de financiamiento.

---

<sup>41</sup> Ariel Yablon, «Patronazgo en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1916», Prepared for delivery at the 2003 meeting of Latin American Studies Association. Dallas, Texas. [<http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2003/YablonAriel.pdf>; último acceso: 3/02/2013]. Por otra parte, Luciano de Privitellio ha señalado que “El uso del aparato estatal para ganar elecciones se convirtió en un tema central del debate electoral durante los gobiernos radicales”, en Hilda Sabato et. al., *Historia de las elecciones en la Argentina : 1805-2011* (Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 2011), p. 186.

Por último nos encontramos con las denuncias sobre el desarrollo del juego ilegal en algunos comités de la Capital; en ambos casos, se denunció que en dichos locales vinculados al antipersonalismo se jugaba a la redoblona y a la quiniela. Si bien es cierto que el número de casos denunciados en la prensa es limitado, no por ello deja de ser interesante, en la medida en que permite ver que prácticas denunciadas en otros espacios (como Diego Mauro ha mostrado para el caso de Santa Fe), prácticas asociadas al “atraso” cultural de una sociedad, se mantenían en la Capital de la República y funcionaban como mecanismos para atraer votantes o para consolidar estructuras de financiamiento, más allá de que el aporte resultante por aquellas fuese limitado. Es decir que, en este caso –a mi entender- se entrelazan una serie de cuestiones: en primer lugar, el peso que el juego ilegal puede haber tenido en la estructuración de una red de financiamiento de la política local; en segundo lugar, la mirada que, sobre la continuidad de estas prácticas, se construyó desde la prensa periódica, asociando su persistencia con la falta de cultura cívica y de estatura moral por parte de quienes se involucraban en ellas. En tercer y último lugar, la relación entre juego ilegal, política y connivencia estatal para la continuidad de este tipo de prácticas, relación que parecería acentuarse con el paso del tiempo. Al respecto, Marcelo Pedetta ha mostrado cómo tanto el Estado nacional como el bonaerense mantuvieron, entre fines del siglo XIX y los años '30, una relación ambigua con respecto a la sanción o no de los juegos de azar que llevaba, incluso, a plantear proyectos de ley contradictorios entre sí.<sup>42</sup>

Para poder desbrozar este punto, quizás convenga, como sugieren Vidal y Castro, sondear el mundo de las fuentes judiciales y policiales, para ver el contenido de dichas denuncias, los argumentos esgrimidos en ellas y, en última instancia, poder descubrir cuánto nos permiten observar sobre la forma en que juego ilegal y política se entrecruzaron durante las primeras décadas del siglo XX en la ciudad de Buenos Aires.

---

<sup>42</sup> Marcelo Pedetta, “Cara y cruz. Estado, juego oficial y juego clandestino antes de 1936”, mimeo.